

AÑO V

N.º 55

EDICIONES MINIMAS

CUADERNOS MENSUALES DE CIENCIAS Y LETRAS

Director: Leopoldo Durán

R. U. EMERSON

EL POETA

BUENOS AIRES

1921

JUICIOS Y OPINIONES ACERCA DE LAS EDICIONES MINIMAS.

"Poemas" de Guillermo Valencia.

El colombiano Valencia es un príncipe del verso. Así se le conceptuó entre nosotros hace veinte años, cuando Laiouane agotó en diez días los treinta ejemplares de "Ritos" que recibiera. Eran los suficientes para el confistorio literario de entonces: colaboradores de "El Mercurio de América" y algunos estudiosos más.

Desde aquel tiempo a la fecha, se han reproducido en nuestras revistas, con incomprensible preferencia, "Leyendo a Silva", "Los camellos" y otras composiciones del poeta impecable. Los deseos de conocerlo en completo, crecían, y solicitaban su obra en vano, así se dirigiesen al mismo autor.

Recientemente llegó a un librero de esta capital un corto número de ejemplares de la nueva edición aumentada de los versos de Valencia. Al cabo de una semana no había más.

Por todas estas circunstancias se congratularán los interesados que hoy son muchos, de que la selecta colección de cuadernos "Ediciones Mínimas", dirigida por Leopoldo Durán, publique en su cuaderno último, para entrar así regíamente a su cuarto año de existencia, una selección de los versos del gran colombiano.

Hemos dicho selección de quien precisamente no puede decirse: todo es de subidos quilates en la producción de Valencia. Su verso, a fuerza de precisión mental y serenidad rítmica, marmoriza un tanto los asuntos: afectos, ideas, cuadros... Es un lapidario, un joyista. Es único en castellano. Nadie como él resiste la imposible comparación con los parnasianos excelsos. Sus sonetos "¡Oh Paganismo!" no los escribiría mejor el autor de "Trofeos". Ante sus traducciones de Mallarmé, Verlaine, Hoffmannthal, D'Annunzio, el lector que coteja no sabe si quedarse con ellas mejor que con sus originales. Los ejemplares de "Ritos" que bohemios caballeros del arte llevaron antaño a España, fueron leídos entre los entonces sorprendidos por la novedad rubendariana, quienes aprovecharon también el influjo de Valencia.

Firme, translúcido, sereno, irisado, dueño del caudal de las voces y sabedor de los misterios del verso, es el poeta que mejor dice lo que quiere aun entre las mayores trabas. — *Ed-Moxr.* — *La Montaña*, Buenos Aires, 27 de febrero de 1919.



Las obras y los días. Glosas de Eugenio D'Ors. — "Ediciones Mínimas". Buenos Aires. MCMXX. 8º, 32 p.

Del *Glosari*, tan fecundo en orientaciones y tan merecedor de estudios como los ya realizados por Rucabado y Farrán (en la antología de Xenius, impresa hace algunos años), han sido seleccionadas las pequeñas prosas de *Las obras y los días*. Eugenio D'Ors es un filósofo que ha hecho amable su tarea de poner un comentario a la actualidad. Pudo limitarse a ser un gacettillero banal, y habría cumplido su deber; pero elevó la misión que le habían encomendado y se convirtió en un director espiritual de Cataluña. Hoy es traducido, estudiado y comentado.

Hay en *Las obras y los días* un sabor de frescura y una aspiración al ideal que dan a la tarea ligera del periodista y a las cosas vulgares un nuevo aspecto en una más alta situación. Son pequeñas síntesis en que están encerradas la vida y los acontecimientos, vistos por un artista que es a la vez filósofo. — *Cuba Contemporánea*. La Habana (Cuba), N.º 99, marzo, 1921.

EL POETA. Ensayo de R. U.
Emerson. Traducido por
Pedro Umbert. :-: :-: :-:

EDICIONES MÍNIMAS.
BUENOS AIRES - MCMXXI.



Fantástica criatura, sabia a la vez que loca.
Seguía de sus ojos el juego alborozado,
Que, como meteoros, buscaban su camino
Y hendían las tinieblas con radiaciones íntimas:
Del horizonte el límite lejano ya excedían,
Y escudriñábanlo ávidos con permisión de Apolo:
Miraban al través de la mujer y el hombre,
Del mar y de la estrella, la evolución y danza
De la naturaleza ya en días venideros;
Y a través de los mundos, los tiempos y las razas.
Vieron el orden rítmico con acopladas rimas.

¡Oh, bardos, que cantárais
Las ideas divinas aquí bajo.
Mantenednos y halladnos siempre jóvenes!

AQUELLOS a quienes solemos tomar por árbitros del gusto, son a menudo gentes que han adquirido cierto conocimiento de las pinturas o esculturas célebres y que sienten inclinación por todo lo elegante; pero cuando tratáis de inquirir la hermosura de su alma y si sus actos tienen la belleza de las obras de arte, averiguáis que son egoístas y sensuales. Su educación es parcial, y como el leño que, frotado contra otro, no puede producir chispa más que en un solo punto, es incapaz de inflamarse su ser entero.

Su conocimiento de las bellas artes consiste en el estudio de algunas reglas y de algunas particularidades, o en un juicio limitado de los colores y de las formas, ejercido por vanidad y desahogo del ánimo. Una prueba de la mezquindad de la doctrina de lo bello en el espíritu de nuestros apasionados, es que parecen haber perdido la percepción de que la forma depende estrechamente del alma. No hay doctrina de la forma en la actual filosofía, la cual parece creer que hemos sido arrojados en nuestros cuerpos como ascuas encendidas que se echan

en un recipiente para transportarlas; que no hay en nosotros todavía ninguna adaptación bien exacta del órgano al espíritu, y, por lo menos en general, que el órgano no puede ser considerado la floración, la germinación del espíritu. Asimismo, a propósito de otras formas, hay hombres inteligentes que no creen que el mundo material dependa del pensamiento o de la volición. Hay teólogos cuya opinión es que la significación simbólica de un buque, de una nube, de una ciudad o de un contrato, es una metáfora muy decorativa, y prefieren volver al terreno sólido de la evidencia histórica; los mismos poetas se contentan con vivir de un modo vulgar y llano, conforme al de sus vecinos, y desde luego confeccionan su poema con arreglo a su imaginación, a saludable distancia de su propia experiencia. Pero los espíritus más elevados de este mundo jamás cesaron de explorar por sí mismos la doble significación — ¿qué digo? — la cuádruple, la céntuple significación de todo hecho sensacional: testigos Orfeo, Empedocles, Heráclito, Platón, Plutarco, Dante, Swedenborg y todos los maestros de la escultura, de la pintura, de la poesía.

No somos vehículos del fuego, ni antorcheros, sino hijos del fuego, hechos de su substancia; fuimos creados por él, somos esa divinidad misma, no estamos distantes de ella, tal vez más que dos o tres grados, en el momento en que menos lo pensamos. Y esa verdad oculta, esto es, que las fuentes de donde fluyen el tiempo y todas sus criaturas son intrínsecamente ideales y bellas, nos lleva a considerar la naturaleza y las funciones del Poeta — o sea el hombre de lo Bello, — los medios y los materiales de que se sirve y el aspecto general del arte en nuestra época.

El problema es vasto, pues el poeta es un representante. Entre otros hombres incompletos, él es el hombre completo, y no nos da cuenta sólo de su propia riqueza, sino de la riqueza común. El joven venera a los hombres de genio, porque, a decir verdad, son más que él de lo que él es en sí mismo. Participan del alma universal como él, pero

más que él. A los hombres amantes de la Naturaleza, les parece ésta más bella cuando creen que un poeta la goza al mismo tiempo que ellos. El poeta está aislado en medio de sus contemporáneos por la verdad y por su arte, pero puede consolarse pensando que ese arte atraerá tarde o temprano a los hombres, pues todos ellos viven de verdad y experimentan la necesidad de expresarlo. En el amor, en el arte, en la avaricia, en la política, en el trabajo, en el juego, esforzámonos en articular nuestro penoso secreto. El hombre no es más que una mitad de sí mismo. La otra mitad es su expresión.

Pese a esa necesidad de darse a conocer, la expresión exacta no es rara. No comprendo por qué motivo tenemos necesidad de un intérprete; diríase que la gran mayoría de los hombres se compone de menores que no están aún en posesión de sus bienes, o de mudos que no pueden dar cuenta de sus conversaciones con la naturaleza. No hay hombre que no espere descubrir en el sol, en las estrellas, en la tierra, en el agua, una utilidad sobrenatural. Parece que estas cosas van a prestarle un servicio particular. Pero una obstrucción cualquiera, algún exceso de flema en nuestra constitución, les impide producir su efecto. Las impresiones de la naturaleza ahondan poco en nosotros para convertirnos en artistas. Cada golpe debería hacernos vibrar. Todo hombre debiera ser lo suficientemente artista para expresar por medio de su conversación lo que experimenta. Y sin embargo, nuestra experiencia nos prueba que hay rayos que con fuerza bastante para llegar a nuestros sentidos, no la tienen para herirnos en lo vivo y obligarnos a reproducirlos por la palabra. El poeta es aquel hombre en quien están equilibradas estas facultades, el hombre a quien ninguna debilidad ni dolencia le impide expresarse, que ve y maneja las cosas en que los demás sueñan tan sólo, que atraviesa toda la escala de la experiencia, que representa al hombre entero, porque posee el mayor poder de recibir y de devolver.

El Universo tiene tres hijos, nacidos el mismo

dia, que reaparecen bajo diferentes nombres en todo sistema de pensar: llámaseles causa, operación, efecto, o más poéticamente, Júpiter, Plutón, Neptuno, o teológicamente, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo; nosotros les llamaremos el que *sabe*, el que *obra*, el que *dice*. Representan respectivamente el amor de lo verdadero, el amor del bien, el amor de lo bello. Esas tres cosas son iguales. Cada una es lo que es, por su esencia, de modo que no se puede ni excederla, ni analizarla, y cada una de esas tres cosas contiene de un modo latente el poder de las otras dos y su afirmación propia.

El poeta es aquel que *dice*, el que nombra y representa lo bello. Es soberano, ocupa un centro, pues el mundo no fué pintado ni adornado, era bello desde sus comienzos. Dios no creó varias cosas bellas; la belleza fué creadora del universo. De suerte que el poeta no es un potentado constitucional, es emperador por derecho propio. La crítica está infestada de una jerga de materialismo que parece afirmar que la destreza y la actividad manuales son los mayores méritos de todos los hombres y de cada uno en particular, y menosprecia a los que no poseen esa destreza y no *hacen* nada; ignora el hecho de que ciertos hombres — los poetas — son por lo común locuaces y *decidores*, enviados al mundo con un fin de expresión; confúndelos con aquellos cuyo papel era la acción, pero que la abandonaron para imitar a los *decidores*. Pero a Homero, las palabras de Homero le parecen tan preciosas, tan admirables como las victorias de Agamenón lo son para Agamenón. El poeta no aguarda para escribir haber visto al héroe y al sabio; pero, así como ellos producen y piensan con arreglo a su primer instinto, él escribe, según su primer instinto también, lo que quiere ser escrito, lo que debe ser escrito; estimando que el instinto de los otros, aunque primero y espontáneo asimismo, no es, con relación a él, sino secundario y accesorio; considéralos como modelos en el estudio de un pintor o como auxiliares que aportan materiales de construcción a un arquitecto.

Toda poesía fué escrita antes que el tiempo existiese, y cuando uno de nosotros está lo suficientemente bien organizado para penetrar en esas regiones donde el aire es música, oye y comprende aquellos murmurios primitivos y procura interpretarlos; pero pierde aquí y allí una palabra o un verso sustituye alguna cosa de su cosecha, y ya queda falseado, echado a perder el poema. Los que tienen el oído más fino escriben más fielmente esas cadencias, y esas transcripciones, aunque imperfectas, se convierten en los cantos de las naciones. La naturaleza es tan bella o tan buena como se la pondera, y debe brillar — ser vista y admirada — tanto como es conocida, y tanto como se la “mueve” o pone en acción. Los hechos y las palabras son indiferentemente los modos de acción de la energía divina. Las palabras son también acciones y las acciones son a modo de palabras.

El signo en que se conoce al poeta es éste: anuncia lo que nadie ha predicho antes que él. El es el único sabio verdadero; él sabe, y dice; él solo nos enseña algo nuevo, pues era el único que estaba presente en las manifestaciones íntimas de las cosas que describe. Es un contemplador de ideas; enuncia lo mismo las cosas que existen de toda necesidad, como las cosas eventuales, pues no hablo aquí de los hombres que tienen talento poético o cierta habilidad para acoplar rimas, sino del verdadero poeta.

No hace mucho, tomé parte en una conversación acerca del autor de ciertas poesías líricas contemporáneas; hombre de sutil espíritu, cuya cabeza parece una caja de música llena de ritmos y de sonidos encantadores y delicados: no nos cansábamos de alabar su maestría en el manejo de la lengua. Pero cuando se trató de decidir si era no solamente un lírico sino a la vez un poeta, vímonos obligados a declarar que aquel hombre duraría sólo algunos días, que no era un inmortal. No excede el límite ordinario de nuestro horizonte. No es un monte gigantesco cuyos pies estén cubiertos de una flora tropical y que todos los climas del globo rodeen

sucesivamente con su vegetación, formando en sus rugosos flancos un cinturón de hierbas de todas las latitudes; no, su genio es el jardín o el parque de una casa moderna, adornado con fuentes y estatuas, con floridos senderos por los que se pasean personas bien educadas. Entre la armonía de esa música variada, discernimos el tono dominante de la vida convencional. Nuestros poetas son hombres de talento que cantan, no son hijos de la música. Para ellos el pensamiento es cosa secundaria; la afinación, la cinceladura de los versos es lo principal.

No son los ritmos, sino el pensamiento, creador del ritmo, lo que constituye el poema; un pensamiento tan apasionado, tan vivo, que, como el espíritu de una planta o de un animal, *tiene una arquitectura que le es propia*, adorna la naturaleza con nuevas galas. En el orden del tiempo, el pensamiento y su forma son iguales. En el orden genésico, el pensamiento precedió a la forma. El poeta tiene un pensamiento nuevo, una nueva experiencia para desarrollar; él nos dirá qué caminos ha recorrido y enriquecerá a los hombres con sus conocimientos, pues cada nuevo período demanda nueva confesión, otro modo de expresión, y el mundo parece aguardar siempre a su poeta. Acuérdomé de la emoción que experimenté siendo joven, oyendo decir que el genio había inspirado a un joven, compañero mío de mesa. Había abandonado su trabajo y marchado errante, nadie sabía a dónde; había escrito centenares de líneas, pero no le era posible afirmar si expresaban lo que sentía dentro de sí; no podía decir sino que todo estaba cambiado, hombres, bestias, cielo, tierra y mar. ¡Cuánto nos deleitábamos escuchándole! ¡Qué credulidad la nuestra! Nos parecía que desde aquel punto y hora, nada tenía que enseñarnos ya la Sociedad. Contemplábamos la aurora de un astro que haría palidecer todas las estrellas. Boston nos parecía dos veces más lejos de nosotros que el día precedente. Mucho más lejos aún, ¿qué era Roma? Plutarco y Shakespeare estaban entre las hojas muertas y ya nun-

ca más se oiría hablar de Homero. Es una gran cosa pensar que cerca de vosotros, bajo vuestro techo, se ha escrito hoy verdadera poesía. ¡Cómo! ¿No ha muerto ese maravilloso espíritu de la poesía? Esos monumentos que nos parecían petrificados largo tiempo hacía, ¿están al contrario animados y resplandecientes? Creía que todos los oráculos habían caído para siempre en eterno silencio; pero la naturaleza derrama sus resplandores, y mirad: toda la noche esas bellas auroras han surgido de todos sus poros. Más o menos, todo el mundo está interesado en el advenimiento de un poeta, y nadie sabe qué provecho podrá reportarle. Sabemos que el secreto del mundo es profundo; pero ¿qué hombre, qué cosa será intérprete nuestro? Lo ignoramos. Un paseo por la montaña, un rostro de nuevo tipo, una persona todavía desconocida, pueden darnos la ansiada clave. Naturalmente que el valor que un genio tiene para nosotros, descansa en la sinceridad de sus interpretaciones. El talento puede retozar y hacer mil juegos habilidosos; el genio realiza y acumula. La humanidad pensante ha llegado a tal punto de conocimiento de sí misma, que el explorador más avanzado anuncia lo que ha descubierto. Dice la palabra más verdadera — entre todas las pronunciadas — y su frase será la más oportuna, la más musical, la más infalible de las voces de la tierra en este momento.

Todo lo que llamamos historia sagrada atestigua que el nacimiento de un poeta es el principal acontecimiento de la cronología. El hombre, tan a menudo burlado, aguarda no obstante siempre la llegada de un Hermano que pueda adherirle a una verdad y mantenerle en ella hasta que se la haya apropiado. ¡Con qué goce empiezo la lectura de un poema donde espero encontrar inspiración! Mis cadenas van a romperse; subiré más alto que esas nubes, que ese aire opaco en cuyo seno vivo — opaco por más que parezca transparente, — y desde lo alto del Gelo de la verdad, observaré, comprenderé cuanto me rodea, cuanto se refiera a mí. Esto me reconciliará con la vida, renovará mi na-

turalaleza, al ver todas esas nonadas animadas por una tendencia, y al saber lo que hago. La vida no será ya vano ruido; en adelante, reconoceré a los verdaderos hombres, a las verdaderas mujeres, sabré por qué signos puedo distinguirlos de los dementes y de los malvados. Ese día valdrá más que el de mi nacimiento: convertime entonces en animal; hoy estoy invitado a gustar de la ciencia de lo real. Esta, por lo menos, es mi esperanza; pero ¡cuántas veces su realización queda pospuesta!

Sucede a menudo que ese alado espíritu que quisiera arrebatarme hasta los cielos, me arrastra entre las nieblas y salta conmigo de una a otra nube, afirmando siempre que se dirige hacia el cielo: y yo, novato aún, tardo en advertir que desconoce ese camino y que procura sólo exhibirme su destreza en elevarse por los aires, ni más ni menos que un ansarón o un pez volador, vanagloriosos de alzarse menguado trecho sobre el suelo; pero ese hombre no habitará jamás el aire transparente, translúcido, que se nutre del cielo. Pronto caigo de nuevo en mis viejas manías, llevo como en lo pasado una vida colmada de exageraciones, y he perdido la fe en la posibilidad de encontrar un guía que me conduzca a donde quisiera ir.

Pero abandonemos esas víctimas de la vanidad; observemos con nueva esperanza cómo la naturaleza, por impulsiones más fuertes y mejores, asegura la fidelidad del poeta a su papel de profeta y de afirmador; asegura su sinceridad rodeándole de belleza, de una belleza que se ennoblece por la expresión. La naturaleza le ofrece todas sus criaturas para ser las imágenes de su lengua. El objeto empleado como tipo adquiere un segundo y maravilloso valor, bien superior a su valor primitivo; así la cuerda tirante del carpintero, acariciada por la brisa, produce sonos musicales que percibimos acercando el oído. "Cosas más excelentes que todas las imágenes, dice Jámblico, suelen expresarse por imágenes". Las cosas pueden ser tomadas como símbolos porque la naturaleza en sí misma es un símbolo, en su totalidad y en cada una de

sus partes. Cada línea que trazamos en la arena tiene su expresión, y no hay persona que no tenga su espíritu o su genio propio. Toda forma es uno de los efectos del carácter de una cosa; toda condición, un efecto de la manera de vivir; toda armonía, un efecto de salud (y por esta razón la percepción de lo Bello sería sensible sólo para los *buenos*). Lo Bello descansa sobre las bases de lo Necesario (1).

El alma hace el cuerpo, como dice el viejo Spenser:

“Cuanto más puro un espíritu, más luz divina contiene, más embellece el cuerpo que le sirve de morada, y lo colma de atractivos. El cuerpo toma la forma del alma, pues el alma es forma y modela el cuerpo”.

Vednos llegados de repente, no a una especulación del espíritu, sino a un lugar sagrado, en el que debe caminarse lentamente y con respeto. Nos encontramos ante el secreto del Mundo, allí donde el Ser se convierte en Apariencia, y la Unidad en Variedad.

El Universo es la “exteriorización” del Alma. Por todas partes donde hay Vida, resplandece este hecho en las apariencias que le rodean. Nuestra ciencia es sensual y, por lo tanto, superficial. Trataremos de un modo sensual la tierra, los cuerpos celestes, la física, la química, como si tales cosas existiesen por sí mismas, cuando no son más que la continuación del Ser que tenemos. “El gran cielo, dice Proclo, muestra, por sus transfiguraciones, claras imágenes del esplendor de las percepciones intelectuales, pues se mueve en conjunción con los períodos invisibles de las naturalezas intelectuales”. Por esto la ciencia corre parejas con la elevación del hombre, y marcha al compás de la religión y de la metafísica; o, si queréis, la ciencia indica el grado de conocimiento que tenemos de nosotros mismos. Desde el momento en que todo en la na-

(1) Lo Bello es la purgación de toda superfluidad. — MIGUEL ANGEL.

turalaleza responde a un poder moral, si algún fenómeno permanece obscuro, es porque en el observador, la facultad que corresponde a ese fenómeno no está aún activa.

No es, pues, de admirar, ya que esas aguas son tan profundas, que las observemos con perplejidad respetuosa. La belleza de la fábula prueba la importancia de su significación; lo prueba al poeta y a todos los demás; o, si lo preferís de otro modo, todo hombre es lo suficiente poeta para ser sensible a esos encantos de la naturaleza, pues todos los hombres tienen en sí las ideas que se realizan en el universo. A mi modo de ver, la fascinación reside en el símbolo. ¿Quién ama a la naturaleza, o, más bien dicho, quién no la ama? Los poetas, los hombres desocupados y de refinada educación, ¿son los únicos en amarla? No; los cazadores, los labradores, los carreteros, los matarifes, ámanla también, aunque expresen su afecto con más o menos burdas frases. El escritor se pregunta qué aprecian el cochero o el cazador en la equitación, los caballos y los perros. No serán cualidades superficiales. Si habláis con él, las evaluará en un tipo tan insignificante como acaso las justipreciaríais vosotros. Su culto es pura simpatía; no tiene ninguna definición, pero es imperiosamente atraído por la naturaleza, por el poder vivo que su percepción le revela que está presente en estas cosas. Ninguna imitación, ninguna representación de ellas llegará a satisfacerle. El ama la seria realidad del viento norte, de la lluvia, de la piedra, de la madera y del hierro. Una belleza que no se puede explicar nos es más cara que una belleza cuya definición conocemos. Es la naturaleza-símbolo, la naturaleza afirmando lo sobrenatural — cuerpo inundado de vida, — al que adora por medio de groseros pero sinceros ritos.

La intimidad y el sentido misterioso de este gusto por la naturaleza incitan a los hombres de toda clase a servirse de emblemas. Las escuelas de filosofía y los poetas no están más inficionados de sus símbolos, que lo está el pueblo de los suyos.

¡Observad el poder de expresión de los emblemas nacionales! Estrellas, flores de lis, leopardos, medias lunas, leones, águilas o cualquier otro signo adoptado, sabe Dios por qué, estampado sobre un viejo trapo flotando a todos los vientos en un fuerte, al otro cabo del mundo, hará hervir la sangre en las venas del hombre más grosero o del más convencional. ¡Esas gentes creen detestar la poesía, y son todos poetas y místicos!

Después de haber consignado esa universalidad del lenguaje simbólico, vémonos forzados a reconocer cuanto hay divino en esa interpretación superior de las cosas, que convierte el mundo en templo de emblemas, de imágenes y de mandatos de la divinidad. Oblíganos a ello el hecho de que no hay cosa alguna en la naturaleza que no traiga con ella, en ella, el sentido de la naturaleza entera; y las distinciones que aplicamos a los sucesos y a los asuntos tratándolos de cosas elevadas o degradantes, decorosas o indecorosas, desaparecen cuando tomamos la naturaleza por símbolo. El pensamiento se sirve de todo. El vocabulario de un hombre que supiese cuanto hay que saber, comprendería las palabras y las imágenes proscritas de la conversación culta. Lo que parecería bajo y aun obsceno a los espíritus impuros, tórnase grande e ilustre si se le hace objeto de un nuevo pensamiento. La piedad de los poetas hebreos, hace olvidar su rudeza y grosería. La circuncisión es un ejemplo del poder de que dispone la poesía para idealizar cosas groseras o vergonzosas. Hay cosas triviales, ínfimas, que sirven lo mismo que grandes símbolos. Cuanto más vil es el término que tipifica y expresa una ley, más fuerza tiene y más perdura en la memoria de los hombres, absolutamente como si eligiésemos la más pequeña caja o la menor subdivisión de ella en la cual cupiese, para llevarlo, un utensilio necesario. Basta a veces una simple lista de palabras, para excitar a un espíritu fértil y dotado de imaginación. Así se dice de lord Chatam, que se entregaba a la lectura del diccionario de Bailey antes de pronunciar sus discursos en el Parla-

mento. Por lo demás, la memoria más pobre basta cuando se trata de dar cuerpo a un pensamiento. ¿Por qué envidiar y desear el conocimiento de nuevos hechos? El día, la noche, la casa, el jardín, algunos libros, algunas acciones, pueden servirnos tan bien como otro espectáculo cualquiera. Estamos lejos de haber agotado la significación de los escasos símbolos de que nos servimos. Podríamos llegar a utilizarlos con terrible sencillez. Un poema no tienen necesidad de ser largo. Cada palabra fué antiguamente un poema. Cada generalización, cada relación nueva de las cosas entre sí, crea un nuevo vocablo. Aun los defectos y las deformidades nos sirven para simbolizar usos sagrados, expresando así nuestro sentimiento íntimo que nos dice que los defectos no parecen tales sino a los ojos defectuosos. Obsérvase que en la vieja mitología atribúyense ciertos defectos a los dioses, como la ceguera a Cupido, la cojera de un pie a Vulcano, para significar la exuberancia de esas cosas.

Como es una dislocación, una separación de la vida divina lo que hace feas las cosas, el poeta que todo lo refiere a la naturaleza y al conjunto — relacionando aun las cosas artificiales y las violaciones de las leyes con las leyes mismas, por una visión más profunda. — el poeta dispone muy fácilmente de los hechos más desagradables. Hay lectores de versos que al ver las fábricas y las vías férreas invadiendo los campos, se figuran que la poesía del paisaje campestre queda destruída porque esos trabajos del arte y de la industria no los han consagrado aún los autores a quienes leen. Pero el poeta ve que esas cosas entran en el gran orden, lo mismo que la colmena de las abejas o la tela geométrica de la araña. La Naturaleza las adopta pronto y las hace penetrar en sus círculos vivientes, porque ama esa escurridiza ringle de carros como si le perteneciesen. Además, para un espíritu centralizado, el número de máquinas o su refinamiento nada significa. El hecho de la mecánica queda siempre el mismo, inalterable bajo sus mil aplicaciones. El hecho espiritual está ahí, y

no hay altura de montaña que pueda cambiar la curva de la esfera. Un inteligente campesinillo llega a la ciudad por vez primera, y veja al complaciente habitante de la urbe que observa la escasez de entusiasmo manifestada por el muchacho. No es que éste desdeñe los bellos edificios que mira; sabe que nunca los vió ni remotamente parecidos, pero dispone de ellos en su espíritu con tanta facilidad como el poeta dispone de la vía férrea. El mayor valor de un hecho nuevo es ilustrar y hacer resaltar ese gran hecho constante de la vida, a cuyo lado toda circunstancia, sea la que fuere, queda muy empequeñecida, y a cuyo lado la pampanilla del salvaje y el comercio de América entera son cosas iguales a poca diferencia.

Siendo el mundo para el espíritu como un montón de verbos y de nombres, sólo al poeta le es dado articular estos nombres y estos verbos. Porque, aunque la vida sea grande y nos fascine y absorba, y aunque todos los hombres comprendan los símbolos que la expresan, no todos pueden de pronto servirse de tales símbolos. Somos símbolos y de símbolos vivimos; obreros, trabajos, herramientas, palabras y cosas, nacimiento y muerte, todo es emblema; pero no queremos simpatizar sino con los símbolos, e infatuados del uso económico o cotidiano de las cosas, no advertimos que son ideas.

El poeta, por una percepción intelectual superior, da a las cosas un poder que hace olvidar su antiguo uso, y presta ojos, lengua a cada objeto inanimado y mudo. Percibe lá independendencia del pensamiento para con el símbolo, la estabilidad de este pensamiento, lo fugaz y frágil del símbolo. Parecido a Linceo cuyos ojos atravesaban la masa del globo, el poeta ve el universo como si fuese transparente y nos muestra las cosas en su verdadero orden, pues gracias a su más fina percepción, toca las cosas más de cerca y las ve desvanecerse, metamorfosearse; percibe que el pensamiento es multiforme; que en la forma de cada criatura existe una fuerza que la impele a elevarse hacia una forma mejor, y, sin apartarse de esa percepción, utili-

za formas que expresan aquella vida que circula, y su lenguaje fluye de la corriente de la naturaleza. Todos los hechos de la economía animal — sexo, nutrición, gestación, nacimiento, crecencia. — simbolizan el paso del mundo en el alma del hombre; cámbianse en ella en un hecho nuevo, cada vez más elevado. El poeta toma las formas por lo que contienen de vida, no por sí mismas. Ésta es la verdadera ciencia. Sólo el poeta conoce la astronomía, la química, la vegetación, la animación, porque no se detiene en estos hechos, pero los emplea como signos. El sabe por qué la llanura o pradera del espacio fué sembrada de esas flores que llamamos soles, lunas y estrellas; por qué adornan el abismo animales, hombres, dioses, pues a cada palabra que pronuncia cabalga sobre esas cosas que se convierten en corceles de su pensamiento.

En virtud de semejante ciencia, el poeta es *aquel que llama*, el hacedor de lenguaje, el que nombra a veces las cosas según su apariencia, a veces según su esencia, dando a cada una su nombre propio y no otro, con regocijo del espíritu, que ama las definiciones, las separaciones, las distinciones o límites. El poeta crea todas las palabras, lo que hace que las lenguas sean los archivos de la historia, y, si conviene decirlo, una especie de tumba de las Musas. Bien que el origen de la mayor parte de las palabras esté olvidado, cada vocablo fué primitivamente un rasgo de genio y obtuvo curso porque por el momento simbolizaba el mundo (o una parte del mundo) a los ojos del orador y de su interlocutor. El etimologista descubre que las palabras más incoloras fueron antiguamente brillantes pinturas. El lenguaje es poesía fosilizada. Como la cal del continente, que consiste en una infinidad de conchas animales, así el lenguaje está compuesto de imágenes, de tropos, que en su uso secundario cesaron, largo tiempo ha, de recordarnos su poético origen. Pero el poeta nombra las cosas porque las ve, o porque se acerca a ellas un paso más que la generalidad. Esa expresión o acción de nombrar no es el arte, sino una segunda naturaleza, que emerge

de la primera, como una hoja sale del árbol. Lo que llamamos *naturaleza* es cierto movimiento y cambio que se regula por sí mismo (1); la naturaleza lo hace todo por sus propias manos, no dejándose bautizar por los demás, sino bautizándose a sí misma, y esto por medio de nuevas metamorfosis. Recuerdo que cierto poeta me la describió así:

“El genio es la actividad que lleva remedio a la caducidad de las cosas, sean entera o parcialmente de especie material o finita. La naturaleza en todos sus dominios se ocupa por sí misma de su “seguro sobre la vida”; nadie se digna sembrar el pobre helecho, y de una sola de sus hojas la naturaleza sacude innumerables cápsulas llenas de gran cantidad de esporos que germinarán hoy o mañana. A los últimos esporos les cabe una suerte que no tuvieron jamás sus padres. Son transportados algunos pasos más lejos, donde varios quedan al abrigo de los accidentes que destruyeron la planta madre. La naturaleza hace el hombre, y cuando éste llega a madurez, para no arriesgar dé una vez la pérdida de semejante maravilla, desprende de él una nueva personalidad, a fin de que la especie esté al abrigo de los accidentes que pueden alcanzar al individuo. Y cuando el alma del poeta contiene un pensamiento maduro, despréndense de ella poemas, cantos, una progenie inacabable, inmortal, no expuesta a los accidentes de ese enojoso reinado del tiempo; retoños vivarachos, audaces, revestidos de alas que (tal es la fuerza del alma de que emanaron) les llevan lejos, rápidamente y les fijan de manera irrevocable en el corazón de los hombres. Estas alas son: la belleza de alma del poeta. Los cantos, remontando inmortales el vuelo lejos de sus mortales padres, van precedidos de un enjambre de clamores zumbones, en mucho mayor número que los vástagos del poeta, y que amenazan devorarles. Pero no son alados. Tras un salto muy corto, caen pesadamente, no habiendo tenido fuerzas para darles alas las almas de que salieron.

(1) Self-regulated change or motion.

“En cambio las melodías del poeta ascienden y atraviesan las profundidades del tiempo infinito”.

Así habló el bardo en su libre lenguaje. Pero la naturaleza, al producir un nuevo individuo, lo hace con un fin superior al de la conservación de la especie, y ese fin es la *ascensión* o el paso del alma a formas más elevadas. Conocí a un escultor incapaz de expresar de un modo directo lo que le hacía dichoso o desdichado; pero podía darlo a entender de una manera maravillosamente indirecta. Un día que, según su costumbre, se levantó antes de la aurora, vió asomar por entre los arreboles del alba la mañana, grande como la eternidad de donde surgía; probó de interpretar aquella realidad, y su cincel desprendió del mármol la forma de aquel bello adolescente, Fósforo, cuyo aspecto es tal, que cuantos le contemplan permanecen, a lo que se dice, silenciosos. El poeta, a su vez, debe también someterse a su propia manera de ver, y ese pensamiento que le agitó, acabará por expresarlo, pero *alter idem*, de un modo totalmente nuevo.

La nueva expresión de esa idea es orgánica; es el nuevo tipo que revisten las cosas cuando se libran del yugo a que estuvieron sujetas. Como los objetos que, en pleno sol, se pintan en la retina, así esas expresiones nuevas, participando de la aspiración del universo entero, tienden a imprimir en el espíritu una imagen más delicada de su esencia. La transformación de un pensamiento en poema, es parecida a la metamorfosis de las cosas en formas orgánicas superiores. Por encima de cada cosa ciérense su demonio, o su alma, y como la forma de una cosa la reflejan los ojos, así el alma de esta cosa queda reflejada por el poema o la melodía. El mar, la cordillera, el Niágara, las flores preexisten o existen de un modo superior en cantos que aun no han sido proferidos y que se ciernen en el aire como perfumes; si alguien tiene el oído suficientemente fino, oye esas significaciones y prueba de anotarlas sin introducir cambio en ellas ni prolongarlas. En esto consiste la legitimación de la crítica: en esa fe del espíritu en que los poemas son

una versión corrompida de algún texto de la naturaleza con la cual deben concordar. Los ritmos de nuestros sonetos no debieran ser menos gratos que los reflejos continuos del nácar o que los diversos matices de un grupo de flores. El apareamiento de los pájaros es un idilio menos pesado que nuestros idilios; una tempestad es una oda ruda, sin falsedad ni declamación; un verano con su cosecha sembrada, recolectada y almacenada, es un canto épico, ¡y con qué lujo de partes admirablemente ejecutadas!

¿Por qué la simetría y la verdad que modelan esas cosas, no han de deslizarse en nuestros espíritus, y por qué no participaremos de los inventos de la naturaleza?

Esa intuición que se expresa por la palabra imaginación, es una manera de ver muy elevada; no se adquiere por el estudio sino por la transformación, por decirlo así, del espíritu en dicha cosa observada, transformación del espíritu que sigue la marcha de las cosas a través de las formas, haciéndolas por este medio translúcidas para los demás espíritus. El curso de las cosas es silencioso. ¿Sufrirán que un ser parlante las siga? No tolerarán ningún espía; pero un amante, un poeta es la trascendencia de su propia naturaleza, y a éste no sufrirán. La condición para que encuentre el poeta el verdadero nombre de las cosas, es someterse a la divina esencia que atraviesa las formas y seguirla.

Todo hombre intelectual descubre tarde o temprano ese secreto que, por encima de la energía de su espíritu, consciente y reflejado, posee mucha mayor fuerza — como un espíritu que se duplicase — cuando se abandona a la naturaleza de las cosas; que, además de su poder individual, tiene en sí un gran poder, por decirlo así público o universal, en el cual puede apoyarse abriendo (a expensas suyas los peligros) las puertas de su ser a esa fuerza, para dejar que le atravesase el flujo y el reflujo. Entonces se ve arrastrado en la vida del universo, su palabra es un rayo, su pensamiento una ley y sus discursos tan inteligibles como las imágenes uni-

versales de animales y plantas. El poeta sabe que habla de una manera adecuada cuando no lo hace con afectación, o habla a "flor de espíritu"; no cuando echa mano del espíritu activo e investigador empleado como órgano, sino cuando lo deja en reposo y se abandona a la corriente divina que en sí tiene; o, para hablar como los antiguos, no con la inteligencia sola, sino con la inteligencia iluminada por el néctar. Como el viajero que ha perdido el camino y echa las riendas al cuello del caballo, fiándose del instinto del animal para orientarse, así debemos proceder con el animal divino que nos lleva a través del mundo, pues si de una o de otra manera podemos estimular ese instinto, se abrirán ante nosotros, en la naturaleza, nuevos pasos, atravesará el espíritu las cosas más condensadas y más elevadas, y será posible la metamorfosis.

Por esto aman los bardos el vino, el hidromel, los narcóticos, el café, el te, el opio, el humo del sándalo y del tabaco, todo lo que procura una exaltación nerviosa. Todos los hombres buscan cuantos medios les son posibles para añadir ese poder extraordinario a su poder normal; con este fin alaban y aprecian las conversaciones, la música, la pintura, la escultura, la danza, el teatro, los viajes, la guerra, las multitudes, el incendio, el juego, la política o el amor, la ciencia o la intoxicación animal, medios cuasi mecánicos y más o menos refinados para reemplazar el verdadero néctar que es el entusiasmo del espíritu al averiguar un hecho desconocido. Esas cosas son los auxiliares de la tendencia centrífuga del hombre, de su paso al aire libre, y ellas le ayudan a escapar de la prisión de ese cuerpo que le retiene y de esas relaciones individuales que obstruyen su camino. De ahí proviene también que gran número de esos que profesionalmente expresaban lo Bello — pintores, poetas, músicos, actores, — hayan disipado, más a menudo que la generalidad, la vida entre placeres; puede decirse que todos, excepto los que hallaron el verdadero néctar, buscaron otro artificial. Cada vez que la libertad se alcanzaba de una manera

torcida, no por la emancipación del espíritu aspirando a bañarse en la luz del claro día que desciende de los cielos, sino por la licencia en cosas viles. cada vez la ventaja así obtenida compensábase por una disipación y derroche de fuerzas.

No es posible, sin embargo, quitar jamás una ventaja a la naturaleza por medio de un subterfugio. El espíritu del mundo, la grande y serena presencia del Creador, nunca se evoca por las hechicerías del opio y del vino. La sublime visión se revela al alma sencilla y pura que habita un cuerpo casto. Lo que debemos a los narcóticos no es inspiración, sino falsa excitación y furia. Milton dice que el poeta lírico puede beber vino y vivir generosamente; pero que el poeta épico, el que canta los dioses y su advenimiento entre los hombres, debe beber agua en escudilla de madera. La poesía no es el "vino del diablo" sino el vino de Dios.

Sucede con esto como con los juguetes. Llenamos las manos y los aposentos de nuestros hijos con toda clase de muñecas, tambores, caballos, desviando sus ojos de los sencillos objetos de la naturaleza, sol, luna, animales, agua, piedras, que deberían ser sus juguetes, y les bastarían. Así la manera de vivir del poeta habría de ser tan sencilla, que las más ordinarias influencias le sirviesen de regocijo. Su alegría debiera reconocer por causa la aparición de un rayo de sol, el aire bastar para inspirarle, y el agua colmar todas sus embriagueces.

Ese espíritu, que basta a los corazones apacibles, que surge para ellos de cada montón de hierba seca, de la menor piña, de la piedra semi-oculta que dora el sol de Marzo, ese espíritu se manifiesta en los pobres, en los famélicos, en aquellos cuyos gustos son sencillos. Si llenas tu cerebro con los ruidos de la ciudad de Boston, de Nueva York, de la moda, de la envidia, si estimulas tus sentidos fatigados por medio del vino o del café, no encontrarás en los grandes pinares la radiosa sabiduría que se oculta en sus desiertas profundidades.

Si la imaginación exalta al poeta, no está inacti-

va en los demás hombres. Las metamorfosis producen en los espectadores gratas emociones. El uso de los símbolos tiene sobre todos los hombres cierto poder de emancipación y cierta alegría. No parece sino que nos toquen con una varilla para que saltemos y dancemos ni más ni menos que los muchachos. Somos como gentes que salen de una cueva y se encuentran de pronto al aire libre. Este es el efecto que en nosotros hacen los tropos, las fábulas, los oráculos y todas las formas poéticas. Los poetas son, pues, dioses libertadores. Los hombres han adquirido realmente un nuevo sentido, hallan otro mundo en su mundo, un nido de mundos, pues una vez han visto la metamorfosis, adivinan que debe continuar.

No quiero entretenerme en considerar ahora cómo la imaginación constituye el atractivo de las matemáticas, del álgebra, que también tienen sus tropos; pero se la siente en cada definición, como cuando Aristóteles dice que el *espacio* es un buque inmóvil en el cual las cosas están contenidas, o cuando dice Platón que una línea es un punto que vuela, o que una "figura" es un conjunto de sólidos, etc. ¡Qué plácido sentido de libertad experimentamos sabiendo que Vitrubio, según la antigua opinión de los artistas, afirma que un arquitecto no puede edificar bien una casa si no conoce algo de anatomía, y también cuando Sócrates, en *Charmides*, nos dice que el alma se cura de sus enfermedades por medio de ciertos sortilegios, que son a manera de razonada belleza, engendradora de la templanza; cuando Platón llama al mundo un animal, y Timeo asegura que las plantas son también animales; o cuando da por cierto que el hombre es un árbol divino creciendo por sus raíces, que son su cabeza, y hundiéndolas en el cielo; cuando Orfeo habla de los cabellos blancos como de la "blanca flor que señala la extrema vejez"; cuando Proclo apellida al universo la "estatua de la inteligencia"; cuando Chaucer, en su elogio de

la nobleza (*Gentillesse*) (1) compara la buena sangre caída en condición servil, al fuego que, llevado a la más obscura casa, no alumbraría por esto menos; cuando Juan, en el *Apocalipsis*, ve la ruina del mundo por el mal y caer estrellas del cielo como precoces higos de la sacudida higuera; cuando Esopo nos cataloga las relaciones de la vida ordinaria bajo la ficción de pájaros y animales; entonces aceptamos la gozosa insinuación de la inmortalidad de nuestra esencia, comprendemos a los bohemios, que dicen de sí mismos: “¡En vano es que se les ahorque; no pueden morir!”.

• Así pues, los poetas son dioses libertadores. Los antiguos bardos bretones intitulábanse: “los que son libres en el mundo entero”. Son libres y hacen libros a otros. Un libro de imaginación nos presta muchos más servicios en el primer momento, cuando nos estimula por medio de sus figuras, que más tarde, cuando desentrañamos la intención precisa del autor. Opino que en los libros nada tiene valor si no es lo trascendente y lo extraordinario. Si un hombre está enardecido, llevado por su pensamiento hasta el punto de olvidar autores y público, y no escucha sino el sueño que se apodera de él como una locura, entonces dadme a leer lo que escribe, y lo preferiré a vuestros argumentos históricos y críticos. Todo el valor que atribuimos a Pitágoras, Paracelso, Cornelio Agrippa, Cardan, Kepler, Swendenborg, Schelling, Oken o cualquier otro que introdujo hechos dudosos en su cosmogonía — ángeles, diablos, magia, astrología, quiromancia, mesmerismo, etc., — todo el valor que atribuimos a esos espíritus es una prueba de que percibimos la brecha que abren en la rutina; sentimos que son nuevos festigos de nuestra antipatía por ella. Esa magia de libertad es asimismo el mayor encanto de una conversación, porque parece poner el mundo, como una pelota, en nuestras manos. ¡Cuán poca cosa parece entonces la libertad! ¡cuán

(1) En inglés antiguo.

vano el estudio cuando una emoción ha procurado a la inteligencia el poder de socavar y levantar la naturaleza! ¡Qué inmensa perspectiva! Las naciones, los tiempos, los sistemas entran y desaparecen como hilos en una tapicería de grandes figuras y colores múltiples; un sueño nos conduce a otro, y en tanto la embriaguez dura, venderíamos nuestra cama, nuestra filosofía y nuestra religión, al nadar en la opulencia.

Hay buenas razones para que apreciemos esa emancipación. La suerte del pobre pastor, cegado y extraviado por una racha de nieve y que parece a pocos pasos de su choza, es un emblema del estado del hombre. Morimos miserablemente a orillas de las aguas de vida y de verdad. Todo pensamiento, salvo aquel en el cual vivimos, nos es extrañamente inaccesible. Si os acercáis a él, os encontráis tan lejos como cuando no lo buscábais. Todo pensamiento es también una prisión, lo mismo que lo es todo cielo; por esto amamos al poeta, al inventor, que, bajo una forma cualquiera, con una oda, con una acción, con una mirada, nos da un nuevo pensamiento. Rompe las cadenas que nos aherrojan y nos abre nuevas perspectivas.

Semejante emancipación es cara a todos los hombres, y como el poder de comunicarla debe provenir de una gran profundidad o capacidad de pensamiento, esto da la medida de un espíritu. Así todos los libros de imaginación que se elevan a esa verdad, esto es, predominando la naturaleza sobre el escritor, perdurarán. Cada verso o cada frase que posea esa virtud de expresar la naturaleza, creará su propia inmortalidad. Las religiones del mundo son las eyaculaciones de algunos hombres de imaginación.

La cualidad de la imaginación consiste, sin embargo, en fluir, no en congelarse. El poeta no se detiene en la forma ni en el color, ni aun en su significación, y los mismos objetos expresan una idea nueva. Es la diferencia que existe entre el poeta y el místico; éste da un símbolo a una significación, verdadera por un momento, pero que pron-

to se trueca en vieja y falsa, pues todo símbolo es elástico (*fluxional*); todo lenguaje es transitorio y vehicular, y sirve como los barcos y los caballos para transportarnos de uno a otro punto, pero no como las granjas y las casas, para detenerse en ellas. El misticismo descansa en el error que hace tomar un símbolo accidental o individual por un símbolo universal. La aurora es el fenómeno favorito de Jacobo Behmen, representa para él la verdad y la fe, y cree que lo mismo debería significar para todos y cada uno de sus lectores. Estos preferirán, y es natural, el símbolo de una madre con su hijo, de un jardinero y su planta o de un joyero puliendo una piedra. Cada uno de esos símbolos y miriadas de otros son perfectamente buenos para aquellos a cuyo juicio significan algo. No conviene sin embargo cobrarles mucho apego, sino saber cambiarlos por términos equivalentes empleados en vez de otros. Y es necesario decirle seriamente al místico: todo esto que habláis, sería asimismo verdadero sin el uso estimulante que hacéis de ese símbolo con que lo acompañáis siempre. Pongamos un poco de álgebra en vez de esa retórica trivial, procurémonos signos universales en lugar de esos símbolos de aldehuela, y todos ganaremos con el cambio. La historia de las jerarquías parece probar que todos los errores religiosos provienen del exceso de importancia y solidez concedida a los símbolos, y, en último lugar, de un abuso o exageración del órgano del lenguaje.

En la época moderna, Swedenborg representa eminentemente a los traductores de la naturaleza en pensamiento. No conozco hombre en la historia para quien las frases representen tan uniformemente cosas. La metamorfosis retoza de continuo ante él. Cada cosa en que su vista se detiene, obedece al impulso de una naturaleza moral. Los higos truecánse en uvas mientras él los come. Cuando uno de sus ángeles afirmaba una verdad, el laurel que sostenía, iba floreciendo en su mano a los ojos de Swedenborg. El ruido que, de lejos, pa-

reciales rechinar de dientes o una refriega a puñetazos, era la voz de dos individuos discutiendo. En una de sus visiones, ciertos hombres tenían aire de dragones y parecían agazaparse en la obscuridad; pero uno con otro, esos hombres parecían hombres, y cuando la luz celeste penetró en sus madrigueras, cególes, y clamaron que cerrasen las puertas para poder ver.

Tenia la percepción — que hace del poeta o del vidente objeto de terror — de que el mismo hombre o la misma sociedad de hombres pueden ofrecer diferente aspecto para sí mismos como para otros, para inteligencias superiores, por ejemplo.

Ciertos sacerdotes, que conversaban doctamente, reunidos en cierto paraje, parecíanles a unos niños que jugaban por los alrededores, caballos muertos. Instantáneamente se pregunta uno, ante semejantes transformaciones de apariencia, si el pez que se ve cruzar bajo el puente, si el buey que se observa en la pradera son inmutablemente peces o bueyes, si ellos no se creen otra cosa, y si uno mismo podrá ser un hombre a los ojos de todo el mundo. Los brahmanes y Pitágoras hicieron la misma pregunta, y si un poeta fué testigo de una transformación de ese género, impuesta a su espíritu por una visión súbita, la encontró seguramente en armonía con otros hechos bien conocidos. Todos hemos visto considerables cambios en el trigo, en las orugas.

Será poeta el que nos atraiga por el amor y el terror, al discernir la esencia *una* de la naturaleza bajo el flotante ropaje de los acontecimientos; será poeta el que sepa revelárnosla.

En vano busco al poeta que describo. No nos dirigimos bastante sencilla ni profundamente a la vida, y no cantamos lo suficiente nuestro tiempo y nuestras propias aventuras. Si nuestra existencia desbordara de bravura y de heroísmo, no nos abstenríamos de cantarla. El Tiempo y la Naturaleza nos traen muchas cosas, pero no nos han dado todavía el hombre del tiempo, la nueva re-

ligión, el reconciliador que todo en el mundo aguarda. La grandeza del Dante está en que osó escribir su autobiografía en caracteres gigantescos.

No hemos tenido todavía, en América, un genio de penetrante vista, que conociese el valor de nuestros incomparables elementos y que observase en la barbarie y el materialismo del tiempo, el disfraz de los mismos dioses que tanto admira en Homero, después en la Edad media, luego en el calvinismo y así sucesivamente. Los bancos y las tarifas, los periódicos, el metodismo y el *unitarismo* son cosas triviales e insípidas para gentes insípidas y triviales; pero tienen el mismo maravilloso interés que la ciudad de Troya y el templo de Delfos, y se desvanecerán con igual rapidez. Aun no se han cantado nuestras casetas de madera, nuestros negros, nuestros indios, nuestros buques, la cólera de los desherrapados, la pusilanimidad de las personas honradas, el comercio del Norte, las plantaciones del Sud, el descuaje del Oeste, ni el Oregón y el Tejas. Y no obstante la América es un poema a nuestros ojos. Su amplia geografía nos deslumbra y no tendrá que aguardar mucho tiempo rimadores. Si no he hallado en mis compatriotas esa perfecta combinación de dotes que busco, tampoco he dado con ella en la colección de los poetas ingleses desde hace quinientos años. Son más bien hombres de genio que poetas, por más que haya habido poetas entre ellos. Pero cuando se piensa en el ideal del poeta, encuéntrase qué decir aun en Milton y en Homero. Milton es demasiado literario y Homero harto literal y excesivamente histórico.

No soy juez competente en esas críticas particulares, y quiero entrar en las ideas generales para dar cumplimiento al mensaje de que me ha encargado la musa para el poeta, concerniente a su arte.

El arte es la vía del creador para su obra; esta vía o método, esos múltiples senderos que enlazan entre sí esos dos términos, son ideales y eternos; pocos hombres los conocen sin embargo, el artista

no más que los otros, a menudo por espacio de muchos años, y a veces durante toda su vida, a menos que llegue a alcanzar las condiciones requeridas. El pintor, el escultor, el compositor, el rapsoda, el orador, no tienen más que un deseo: expresar simétrica y abundantemente, no de una manera mezquina y fragmentada. Han encontrado, o se han puesto en ciertas circunstancias, o ante ciertas cosas que excitaban su inteligencia, como figuras humanas impresionantes, una asamblea popular, o un trozo de naturaleza, y en seguida han experimentado un nuevo deseo. El artista ha oído una voz, una invitación. Entonces advierte, con asombro, que abrigaba en sí una horda de demonios que le sujetan.

No tiene ya reposo: dice con el viejo pintor: "¡Dios mío! está en mí, y de mí saldrá!" Persigue una belleza semientrevista que huye a su presencia. Sus más cortos momentos de soledad los llena este sueño. Los versos así inspirados al poeta son primero convencionales; luego, poco a poco, tórnanse originales y soberbios. El poeta está hechizado. Nunca quisiera hablar de otro modo. Si en el lenguaje ordinario puede distinguir "lo tuyo y lo mío", aquí distingue también que ese lenguaje no le pertenece, le parece tan extraño y espléndido como a vosotros, quisiera oírlo siempre. Después de haber gustado ese inmortal licor; no puede saciarse de él, y como hay en esas comprensiones un admirable poder creador, es de suma importancia que sean expresadas. ¡Cuán poco de lo que sabemos está expresado! ¡Cuántas gotas de nuestro océano de ciencia están almacenadas, y a qué accidentes deben el haber visto la luz cuando tantos secretos duermen aún en el seno de la naturaleza! Véase, pues, de dónde viene la necesidad de la palabra, del canto; de dónde viene la emoción del orador a la puerta de la asamblea, a fin de que, a través de la *palabra* Δ *ογος*, resplandezca el pensamiento.

No dudes, ¡oh poeta!, pero persiste. Di: está en mí, y de mí debe salir. Permanece aquí, tartamu-

deando y balbuciendo, silbado y maldito; lucha y trabaja hasta que, al fin, la rabia haga salir de ti ese *poder de sueño* que cada noche se revela como tuyo, poder que excede los límites de las cosas más secretas y por virtud del cual te conviertes en el conductor de un río de electricidad. Nada de lo que anda, se arrastra, crece o existe, puede negarse a servirte para expresar tu pensamiento. Si el hombre alcanza ese poder, su genio es inagotable. Todas las criaturas son arrojadas en su espíritu por pares, por tribus, por especies, como en el arca de Noé, para poblar un nuevo mundo. Todo lo que existe, debe poder ser absorbido por su pensamiento, como tenemos toda la atmósfera para respirar, si queremos. Por esto el genio de los poetas como Homero, Chaucer, Shakespeare, Rafael, sólo lo limita la duración de su vida, y son como espejos que reflejan cuanto existe.

¡Oh poeta! Una nueva nobleza confiérese a las granjas y a los pastos; pasó el tiempo de los castillos y las espadas. Las condiciones son duras, pero iguales. Dejarás el mundo y no conocerás más que la musa; no conocerás ya el tiempo, las costumbres, las gracias, ni la política, ni las opiniones de los hombres; no conocerás más que la musa, pues la hora postrera de las ciudades la anuncia el toque de agonía universal; pero en la naturaleza las horas están contadas por sucesiones de tribus, de animales y de plantas, y por goces engendradores de otros goces. Dios quiere que renuncies también a una vida doble, múltiple, disipada y mentirosa y que dejes a los demás que hablen de ti. Otros serán para ti hombres del mundo y representarán para ti la vida cortés y mundana; otros harán, también para ti, acciones brillantes. Pero tú te mantendrás oculto en la naturaleza y no tendrás tiempo de frecuentar la Bolsa o el Capitolio. El mundo está lleno de sacrificios y de aprendizajes; he aquí el tuyo: pasarás largo tiempo por un loco y un misántropo zopenco. Es la pantafla, el abrigo protector que Pan extiende sobre sus hijos predilectos; no serás

conocido más que de los tuyos, y ellos te consolarán con tierno amor. No osarás pronunciar el nombre de tus amigos en tus versos, por una especie de vergüenza hacia el Ideal infinito. Y he aquí cuál será tu recompensa: lo ideal se convertirá en real para ti y las impresiones del mundo actual caerán en torno tuyo, numerosas, sin turbar tu invulnerable esencia. La tierra entera será tu parque y tu dominio; el mar será tuyo, sin tasa y sin suscitar envidia; serás dueño de las selvas y de los ríos; poseerás todo aquello de que los demás no son sino ocupantes e inquilinos. Verdadero señor del agua, de la tierra, del aire, por todas partes donde caiga nieve, donde fluya el agua, donde vuelen pájaros, allí donde el día y la noche se juntan en el crepúsculo, donde el cielo azul está sembrado de nubes y de estrellas, donde hay formas de contornos transparentes, lampos en el espacio celeste, donde hay peligro, terror, amor, allí está lo Bello esparcido para ti en abundante lluvia, y aunque hubieses de recorrer el mundo entero, no lograrás encontrar nada inoportuno o innoble.

Biblioteca de la Academia Argentina de Letras

Biblioteca Academia Argentina de Letras



DIRIGIDAS POR LEOPOLDO DURÁN

CUADERNOS PUBLICADOS:

AÑO PRIMERO

- | | |
|------------------------|--|
| 1. ALMAFUERTE | Evangélicas |
| 2. RABINDRANATH TAGORE | Poemas |
| 3. JUAN B. JUSTO | Labor Periodística |
| 4. JUAN PEDRO CALOU | Brevario de los Tristes |
| 5. LAO-TSÉ | El Libro del Sendero y de la Línea Recta |
| 6. RUBÉN DARÍO | Cabezas |
| 7. OSCAR WILDE | Balada de la Cárcel de Reading |
| 8. LEOPOLDO LUGONES | Cuentos |
| 9. EDGAR POE | Las Campanas y otros poemas |
| 10. JOSÉ INGENIEROS | Psicología de la Curiosidad |
| 11. CLEMENTE ONELLI | Aguafuertes del Zoológico |
| 12. ANERÉS TERZAGA | Líneas |

AÑO SEGUNDO

- | | |
|----------------------------------|--------------------------|
| 13. RAFAEL ALBERTO ARRIETA | Canciones y Poemas |
| 14. ALMAFUERTE | Amorosas |
| 15. E. HERRERO DUCLOUX | Del Diario de mi amigo |
| 16. JOSÉ ENRIQUE RODÓ | Parábolas |
| 17. M. MEDINA BETANCORT | Meditaciones |
| 18. RABINDRANATH TAGORE | Poemas |
| 19. MARIANA ALCOFORADO | Cartas Amatorias |
| 20. GIOVANNI PAPINI | La oración del buzo |
| 21. JOSÉ INGENIEROS | La intimidad sentimental |
| 22. FRAY MOCHO (José S. Alvarez) | Cuentos |
| 23-24. RAFAEL CBLIGADO | Santos Vega |

AÑO TERCERO

- | | |
|-------------------------|---------------------------|
| 25. JUAN MONTALVO | Prosas |
| 26. GIOSUÉ CARDUCCI | Odas Bárbaras |
| 27. AGUSTÍN ALVAREZ | Ensayos y Anécdotas |
| 28. ANTON CHEKHOFF | Ojos con Sueño |
| 29. GOYCOECHEA MENÉNDEZ | Páginas Selectas |
| 30. ANATOLE FRANCE | Crainquebille |
| 31. FERNÁNDEZ MORENO | Antología (1915-1918) |
| 32. EDUARDO WILDE | Mar Afuera |
| 33. GABRIELE D'ANNUNZIO | Tierra Virgen |
| 34-35. FRANZ TOUSSAINT | El jardín de las caricias |
| 36. GUILLERMO VALENCIA | Poemas |

Biblioteca de la Academia Argentina de Letras

CUADERNOS PUBLICADOS:

AÑO CUARTO

- | | |
|---------------------------------|---------------------------|
| 37-38. G. BERNARD SHAW | Vencidos (Comedia) |
| 39. EDMUNDO MONTAGNE | Poesías |
| 40. REMY DE GOURMONT | Algunas Páginas |
| 41. ANTIGUO TESTAMENTO | El cantar de los cantares |
| 42-43 ENRIQUE GONZÁLEZ MARTÍNEZ | Jardines de Francia |
| 44. ANTONIO MONTEAVARO | Sus mejores cuentos |
| 45-46 PEDRO PRADO | La casa abandonada |
| 47-48 JOSÉ MARTÍ | Versos. |

AÑO QUINTO

- | | |
|----------------------------|------------------------------------|
| 49. HENRI DE RÉGNIER | El sexto matrimonio de Barba Azul. |
| 50-51 ROBERTO PAYRÓ | El casamiento de Laucha |
| 52. EUGENIO D'ORS | Las obras y los días |
| 53. C. GUIDO Y SPANO | Poesías. |
| 54. MEDEIROS E ALBUQUERQUE | Flor Seca y otros cuentos. |
| 55 R. U. EMERSON | El poeta. |

Esta Administración ofrece algunas colecciones al precio de veinticinco pesos cada una, comprendiendo el año V, en curso de publicación.

Cuaderno de próxima publicación:

FIGULINAS, por JACINTO BENAVENTE.

SUSCRIPCIONES:

AÑO \$ 3.00 %

Precio de este número: 25 cts.

Número atrasado: 0.40 centavos

Correspondencia: Apartado Postal 66 - Bs. As.